

EL MUNDO CÓMICO.

Director literario, M. MATOSES.

SEMANARIO HUMORÍSTICO.

Director artístico, J. L. PELLICER.

(SE PUBLICA LOS DOMINGOS.)

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.—En Madrid: Un mes, CUATRO REALES.—Tres meses, DOCE REALES.—Número suelto, UN REAL.—En Provincias: Un mes, CINCO REALES.—Tres meses, TRECE REALES.—Número suelto, UN REAL CINCUENTA CÉNTIMOS.—Se suscribe en las principales librerías de Madrid y provincias, y directamente en la Administración, litografía y relieves en zinc por imprenta, plaza de San Nicolás, 7 y 9, bajo.—No se admiten sellos de comunicaciones.

NUESTROS HOMBRES, —por PELLICER.



ANTONIO GARCÍA GUTIÉRREZ.

LAS EDADES, — por LUQUE.



—¡Me pareces hoy más joven, Pedro mío!
—Lo que prueba que me costarás hoy más cara, Elisa.

COSAS DEL MUNDO... CÓMICO.

Las del gancho.

Y en particular en Madrid. Porque, ¡cuidado que pasan unas cosas en la corte...! ¡Válgame San Carlampo y qué cosas...!

Sin más preámbulo: estamos en pleno ministerio de la Guerra, en la propia antesala del ministro.

—¿Qué desean Vds., señoras?

—Quisiéramos ver á S. E., dice al ayudante una señora de cierto carácter, acompañada por una joven de cierta hermosura.

—El ministro está muy ocupado y no recibe, responde el ayudante.

(Regla general: en España todos los ministros están ocupados para los pretendientes que no pueden hablar gordo.)

—Si Vd. quisiera pasarle esta tarjeta: ¡Es un antiguo amigo!

—¡Haga Vd. el favor que mamá le pide! añade la muchacha con una mirada insinuante.

—Me está prohibido, señorita; pero... voy á hacerlo por complacer á Vds.; y mira á la joven y se marcha refunfuñando entre dientes: ¡Cristo con todos, qué *barbiana* y qué *pelinegra* es la mujer!

—¡Mi general! Ahí hay unas señoras que quisieran...

—¡No vayan á ser las del otro día!

—¡Quíá! no señor. Me han dado esta tarjeta, y el aspecto...

(El general leyendo.)—«Doña Virtudes Pacheco de Sandoval.» ¿Vd. las conoce?

—No señor, mi general.

—Pues yo tampoco... En fin, dígaless Vd. que pasen y veremos qué pito vienen á tocar aquí esas virtudes.

(Compases de espera mientras llegan las señoras.)

..

—Beso á V. E. la mano.

—A los pies de Vd.

—Beso á V. E... comienza á decir la niña.

—Lo mismo digo, exclama interrumpiéndola el general. ¡Ea! siéntense Vds. y basta de tratamientos. (El ministro es un tanto rudo.)

—Mil gracias, responden las dos á coro.

—Vd. dirá, señora, en qué puedo servirla.

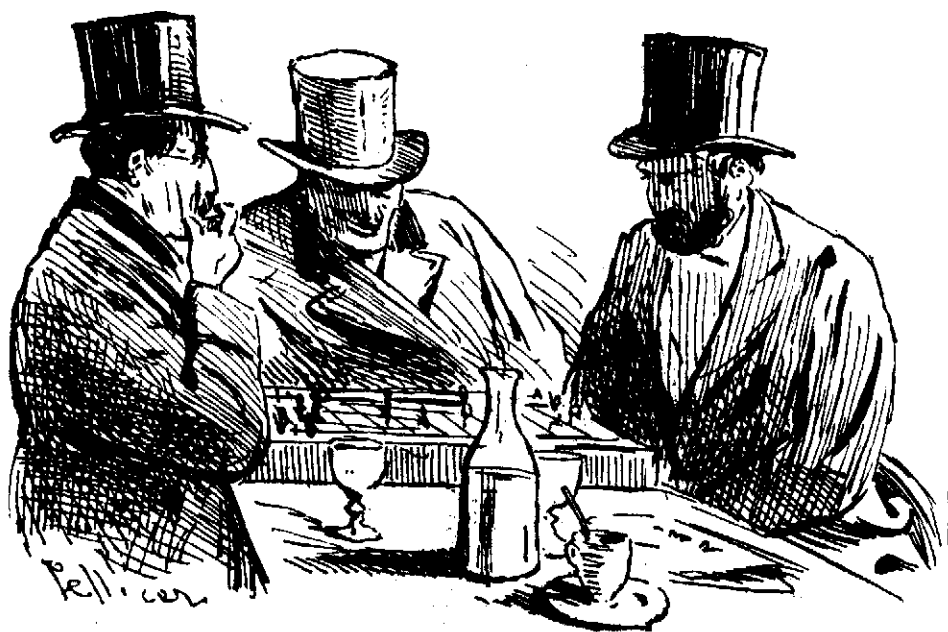
—Pues... (doña Virtudes es extremeña) ya habrá Vd. visto por la tarjeta, que yo soy la viuda del pobre, del infortunado Sandoval.

—Me alegro mucho... quiero decir, lo siento mucho. En fin, prosiga Vd.

—Sí, señor; ¡de Sandoval! ¡el pobre me hablaba tantas veces de Vd! ¡Le quería á Vd. mucho!

—¡Sandoval...! Pues á decir verdad, el apellido no... ¿Qué era él?

LOS CAFÉS, — por PELLICER.



En el de Francia.

De dos á seis y de nueve á doce todos los días. No se permite hablar. Una jugada cada hora. De cuando en cuando se silba la *Atala* ó se toca el tambor con los dedos.

—Canónigo... es decir, comisario de la Santa Cruzada.

—¡Sandoval...! ¡Comisario!

—¡Pues si creo que han ido Vds. juntos á la escuela!

—¡Oh! Bien puede ser así; ¡como de eso hace tantos años! Pero, en fin, lo mismo da para el caso; diga Vd. lo que desea, y como esté en mi mano...

(La chica le mira, se sonríe y baja pudorosamente los ojos.)

—Pues... ¡Si viera Vd. qué vergüenza me dá! ¡La viuda de todo un Sandoval pretendiendo! (Aquí se enjuga una lágrima con el pañuelo.)

—Vamos, no se aflija Vd., señora.

—Motivos me sobran. Pero... ¡qué no haría una madre por este ángel de consuelo! Tan hermosa, tan simpática, ¿verdad, Vd.?

—¡Mamá! (dice ruborizándose la chica.)

—Mucho, señora, mucho.

—¡Sola y sin fortuna; el día que yo llegue á faltar la...! (Otro pucherito.) Por eso, y á pesar de mi natural repugnancia, me he decidido á presentarla al poderoso, al antiguo amigo de su padre, para que este la proteja y la proporcione algún medio de ganarse decorosamente la vida.

—Pero, señora, ¿qué quiere Vd. que haga yo con ella? Si fuera un chico, ¡pase! pero ¿una niña...? ¡A ménos que no la nombre cantinera!

—¡Jesús! ¡Qué chancero es Vd...! ¡Cantinera este ángel de amor! No, general, no. Lo que yo descaria... ¿Creo que es Vd. viudo y sin hijos?

—Sí, señora... ¿y qué?

—Vivirá Vd. solo.

—Naturalmente... ¿y qué?

—¿Ve Vd. lo bonita que es mi Adela? Pues aun es más dulce su carácter que su cara.

—¡Pero, señora! ¿y qué?

—Que si Vd. quisiera encargarse de ella, nosotras viviríamos con Vd.; Adelita, que es tan cariñosa, le mimaría y le regalaría... y como á cierta edad, ciertos cuidados pueden hacer tan dichoso á un hombre...

—Basta, señora, basta. Viejo y todo, yo no quiero en mi casa más mujer que mi asistente. Y extraño sobremanera que una madre... (exclama el ministro levantándose.)

—¡Vd. me ofende, general! ¡Vd. no ha comprendido mi idea! Yo soy todo una señora, y...

—Basta; repito que basta. Tengo mucho trabajo y me está Vd. haciendo perder el tiempo; con que... vayan Vds. con Dios.

(Doña Angela levantándose.) Otro recibimiento esperábamos del antiguo amigo de...

—¡Ea, ea! que Vds. lo pasen bien (dice el general empujándolas hacia la puerta).

—Lo mismo digo (exclama secamente doña Angela).

—Beso á Vd. la suya (dice con retintín y saliendo la muchacha).

—¡Gomez! grita incontinenti el ministro.

—¡Mi general! exclama el ayudante presentándose.

LOS TENORIOS, — por LUYE.



—No me cabe duda, ¡hoy la he conquistado!

—Debería Vd. llamarse Lucas.

—¿Por qué?

—Porque sí. Como vuelvan por estos barrios esa tía y esa sobrina..

—Me dijo que era su mamá.

—Pues... ¡tías las dos! no me interrumpa Vd. Como vuelvan, repito, y no las eche Vd. á puntapiés, deja Vd. de ser mi ayudante.

—Está bien, mi general; dice dando la media vuelta Gomez, con las orejas más coloradas que un pavo.

..

(Ellas atraviesan el vestíbulo, bajan las escaleras, cruzan el patio, suben á un *simon* que las espera y...)

—¡Jesús, qué militares! exclama la niña. Mamá,

no intentes siquiera el traerme otra vez aquí.

—No, hija, no. Por lo ménos hasta que muden de ministro... ¡Afortunadamente en España...!

—¡Vaya un tío! Mejor nos fué en Gracia y Justicia.

—¡Seguro! Bien es verdad que allí siempre han sabido hacer *justicia* á la *gracia* que tú tienes.

—¿Dónde me llevas ahora, mamá?

—¿Quieres que vayamos á ver al nuevo director de Rentas? Aseguran que es soltero.

—Por mi parte estoy dispuesta.

—Pues ¡figúrate yo! (exclama doña Angela, y saca la cabeza por la portezuela, gritando):

—¡Cochero, al ministerio de Hacienda!

Et sic de cæteris.

X

LAS MODISTAS, — por PELLICER.



—¡Ay! ¡Si yo fuera reina...!

LOS OJOS DE LA SANTA.

Cuento.

Cierto andaluz sevillano,
que le daba un susto al miedo
por su mentir soberano,
viendo con un arcediano
la catedral de Toledo,

Coro y claustros recorría,
altares examinaba,
y á creer lo que él decía,
de todo cuanto miraba

de todo en Sevilla había.

Amostazado el vicario
y harto de tragar veneno,
al bajar del campanario
le llevó junto á un armario
de santas reliquias lleno.

Y allí, sacando una llave,
abrió las hojas con maña.
y... —Por si usted no lo sabe,
de esto no hay en toda España,
dijo el cura en tono grave.

—¡Veremos! el sevillano
respondió con mucho *aquel*,
mientras el pobre arcediano,

LAS GENTES, — por RAVENA.



—¡Qué orgulloso! ¡Pues tan cochero ha sido como yo!

de mala gana y con hiel,
echó á las reliquias mano.

—Esta es la pierna y rodilla
del glorioso San Antero,
dijo al darle una canilla.
Y contestó el embustero:

—¡La otra tienen en Sevilla!

—Este, aunque un poco deshecho,
el pié izquierdo es de San Gil,
dijo *el padre* con despecho.

Y respondió el zascandil:

—¡En Sevilla está el derecho!

Miró el cura de través,
y bufando como un potro:

—De Santa Apolonia es,
dijo, esta muela; y el otro:

—¡En Sevilla guardan tres!

Fué á contestar el vicario,
y por no meter la pata
se encaró con el armario,
y un rico estuche de plata
sacó de entre aquel osario.

Miró al terne, abríóle en pos,
y luego con voz bravía:

—Son los ojos ¡vive Dios!
dijo, de Santa Lucía;
pero observe usted... ¡los dos!

¡Los vé usted? —¡Cuenta cabal!
dijo él mirando, ¡no es grilla!

Y añadió con mucha sal:

—*Pos miste*, será casual...

¡pero aun hay otro en Sevilla!

P. XIMENEZ CROS.

EPIGRAMA.

Pedro Barco se casó
con Luisa Puerto, y por cierto
que más tarde le pesó;
y es que Barco, franco vió
para otros buques el puerto.

E. BUSTILLO.

¡Y ES MORENITA!

Su mirar canta un alegre:
gotitas de amor destila
lo pardo de su pupila
y de sus niñas lo negro.

Su boca seductora
á la granada en el color imita,
y son sus cejas negras como la mora...
¡y es morenita!

Peina en dos trenzas el pelo
que sujeta un lazo en arco
sobre el pecho... ¡Vaya un marco
para aquel rostro de cielo!

Sobre él lleva al desgaire
un catañés de paja con su cintita,
que ata bajo la barba por miedo al aire...
¡y es morenita!

FRENTE A LOS ESCAPARATES DE LHARDY, — por PELLICER.



—De eso debe comer el rey... ¿verdad?

Y su pié cabe en mi mano,
y es flexible su cintura,
sabe mirar con ternura,
sabe tocar el piano;
y es viva como un lince,
y aun entre pantalones su pierna agita,
aun juega, aun no ha cumplido siquiera quince...
¡y es morenita!

P. XIMENEZ CROS.

EPIGRAMA.

—Sobrino, toda mi renta
se va en tus trampas, ¿lo entiendes?
Es preciso que te enmiendes.
—Tío, estoy en esa cuenta.

Mas sigue, aunque votos haga,
el sobrino en su camino;
está en la cuenta el sobrino,
pero el tío es quien la paga.

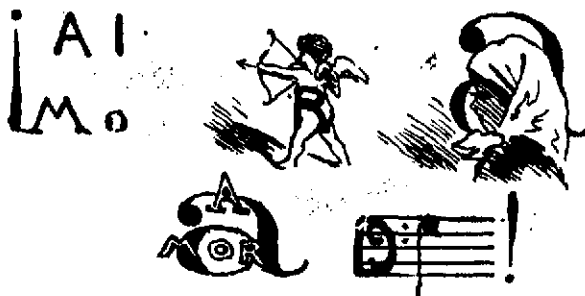
E. BUSTILLO.

Solución a la charada del número anterior:
CARABINA.

CHARADA.

Mi *primera* existe en tí,
sin mi *segunda* soy nada;
y soy, desde que te ví,
el *todo* de la charada.

JEROGLÍFICO.



(Las soluciones en el número próximo)

LOS NIÑOS,

REVISTA DE EDUCACION Y RECREO,

DIRIGIDA POR D. CARLOS FRONTAURA.

CON LA COLABORACION DE DISTINGUIDOS ESCRITORES ESPAÑOLES Y EXTRANJEROS,

ILUSTRADA POR LOS MÁS NOTABLES ARTISTAS.



Se publica hace tres años en Madrid los días 10, 20 y último de cada mes.
 Se han publicado seis tomos, ilustrados con cerca de 600 grabados, y en Enero de 1873 empezará á publicarse el sétimo.
 En los tomos publicados aparecen las firmas de los más eminentes escritores.
PRECIOS DE SUSCRICION. En *Madrid*: tres meses, 12 rs.; seis, 22; un año, 40. — En *Provincias*: 15, 28 y 40 respectivamente. — Los tomos publicados se venden á 24 rs. en Madrid y 30 en provincias. — Dirigir los pedidos á D. C. Frontaura, administrador de Los Niños, Madrid.

Madrid, 1872. — Imp. de M. Llanos, Cabeza, 27.